

Plan de un “Centro de emigración vasca”*

(Plans for a Basque emigration centre)

Azpeitia, Isaac de

[BIBLID \[1136-653X \(1999\) 11:7-24\]](#)

P. Isaac de Azpeitia propone racionalizar la emigración vasca en América, para lo cual cree necesaria la creación de una Oficina Central de Emigración en Bilbao comunicada con agencias en las capitales americanas y con subagencias allá donde haya un cierto número de emigrantes. Se trataría de unir entre sí a los emigrantes vascos en América y de ligarlos a su vez al País Vasco.

P. Isaac de Azpeitiak Ameriketarako euskal emigrazioa arrazionalizatzea proposatzen du; horretarako, premiazkotzat jotzen du du Emigraziorako Bulego Nagusi bat sortzea Bilbon. Bulego horrek Amerikako hiriburuetakoko agentziekin eta halako emigrante kopuru bat zuten tokietako subagentziekin komunikaturik izan behar zuen. Ameriketako euskal emigranteak beren artean elkartzeko eta bide batez Euskal Herriarekin lotzeko modua izan behar zuen.

P. Isaac de Azpeitia propose de rationaliser l'émigration basque en Amérique et pour cela, suggère la création d'un Bureau Central de l'Emigration à Bilbao relié à des Agences dans les capitales d'Amérique et des sous-agences là où il y a un certain nombre d'émigrants. Il s'agit de relier entre eux les Basques émigrant en Amérique et de relier ceux-ci avec le Pays Basque.

* Musée Basque de Bayonne.

Hubiera sido deseo mío dar gusto a mi buen amigo y distinguido filipino-vasco, Don Manuel M. de Inchausti, presentando en estos momentos un breve historial de la grandiosa obra realizada por vascos en Filipinas desde los tiempos de Legazpi, Urdaneta, Goiri y Anda hasta la gloriosa muerte de Aguirre, Elizalde, Amusatategui y Ozamis, vilmente asesinados por las hordas niponas por defender la libertad y civilización cristianas, pero me he visto obligado a abandonar este deseo por haberseme presentado obstáculos que no he podido vencer.

Quemados por japoneses los apuntes recopilados referentes a ese punto, con todo, creí que podría buscar aquí los datos necesarios para hacer un trabajo modesto pero interesante, pero a pesar de los pasos que para ello he dado, no he logrado reunir material suficiente para salir del paso decentemente, así que me he visto obligado a cambiar de tema y a tratar de otro, que creo cuadra perfectamente con la Sección de Vascos en América.

Es muy natural y muy lógico, que en el Congreso que la benemérita Sociedad de Estudios Vascos ha determinado celebrar este año, no falte una Sección dedicada a los vascos de América. Los vascos de América constituyen el florón más preciado de Euzkadi, son el mejor y más claro exponente de las excelsas cualidades de la raza vasca, y bien organizados, y debidamente dirigidos, pueden ser la salvación de Euzkadi. El estudio de los diversos problemas referentes a la emigración la búsqueda de soluciones para que el emigrante no se “convierta en un ser extraño y totalmente estéril para su patria de origen”, siempre serán de sumo interés y, sobre todo, reportarán grandes ventajas a la patria y al emigrante.

Hablar brevemente sobre la emigración en general, y proponer una idea, cuya realización habrá de evitar en lo futuro muchos males, y acarrear incontables beneficios, ha sido mi intento al escribir estas mal pergeñadas líneas.

La emigración viene a ser en la mayoría de los casos un sencillo problema de economía social. Allá donde los productos del suelo o los beneficios consiguientes al desenvolvimiento comercial o industrial no bastan a cubrir las necesidades de los indígenas, es muy natural que, cuantos a la hora de comer sólo encuentran asiento disponible merced a la benevolencia de los demás comensales, sientan rezumar del fondo de su personalidad esa ansia tan humana de independencia económica que les impulse a ensayar nuevos derroteros y crearse, sea como fuere, una órbita de uso absolutamente individual. Y a fuerza de dar vueltas al problema, llega un día en que deciden abandonar definitivamente el puesto de comiseración que ocupan en la mesa familiar y... se van. Se van donde pueden, donde por ventura las circunstancias se lo consienten, donde se figuran poder encontrar lo indispensable, cuando menos, para ir tirando pero con el fruto de su propio trabajo y sin tener que verse en la humilde coyuntura de ser siempre del número de los invitados allá donde comen por derecho propio los demás. Este es un fenómeno que puede presenciarse todos los días en todos los pueblos y razas de las diversas latitudes del planeta.

Pero se dan casos de Emigración que constituyen un verdadero enigma psicológico. Cuando un pueblo disfruta de bienestar tiene reservados en el banquete de la vida todos los puestos necesarios para cada uno de los elementos autóctonos y aun por ventura para buen número de extraños que en él se quieran establecer, parece un contrasentido que entre los naturales se despierte el deseo de abandonar los patrios lares y transponer las fronteras, con la idea de proporcionarse una existencia más de su gusto, pero corriendo al mismo tiem-

po el albur de fracasar en su empeño y encontrarse algún día solo y en tierra extranjera, reducido a extrema necesidad. Es decir, es el caso de individuos que con toda frialdad se juegan el porvenir a cara o cruz.

Si semejantes hechos resultan esporádicos, nos bastará catalogarlos en la casilla correspondiente a los deficientes mentales en cualquiera de sus múltiples categorías para salir cómodamente del paso. Pero cuando acaso vienen a constituir una línea de conducta que presenta caracteres manifiestos de normalidad, hasta el punto de poderse la considerar como una regla general, especialmente en determinados sectores de población, donde no sería fácil encontrar una sola familia que se haya librado de esa propensión epidémica, la ecuación ofrece serias dificultades para su acertado plante y, por consiguiente, no hay manera de llegar a una aceptable explicación. Éste es el caso del pueblo vasco.

Nos explicamos que en tiempos pasados se vieran nuestros paisanos en la penosa alternativa de emigrar o sucumbir, cuando una gran parte del país estaba ocupado por selvas en las que apenas habían sonado todavía los golpes del hacha del leñador y el espacio disponible para la agricultura y el pastoreo resultaba insuficiente, ni existían esos poderosos centros industriales. Nos explicamos que, habiendo dejado asolado al país las distintas guerras que durante el siglo pasado hubo de padecer, desde la de la llamada independencia hasta las dos civiles, quedaran la mayoría de los habitantes en situación extremadamente precaria y no encontrarán de pronto medio más expedito para salir del apuro que trasladar su residencia a cualquier rancho americano, donde a fuerza de trabajo y privaciones pudieran rehacer y aun acaso mejorar la modesta fortuna que tan de improviso se esfumó. Pero ni la pobreza del país, ni las funestas consecuencias de las guerras, ni la inquietud atávica, aventurera y vagabunda, a la que tanta influencia atribuye el P. Lhande, ni el terror instintivo del vasco a la vida del cuartel, ni la atracción irresistible que parece ejercer sobre él la mar, ni las añejas historias de paisanos ilustres que allende los mares alcanzaron gran celebridad, nos da la clave del enigma para contestar satisfactoriamente a la pregunta arriba enunciada sobre las razones que impulsan a los vascos en estos tiempos, a realizar ese mismo salto mortal que sus predecesores pudieron acaso llevarlo a cabo por las razones apuntadas.

En más de una ocasión hemos querido indagar la causa de ese afán que tantos paisanos nuestros sienten de lanzarse por esos mundos de Dios, y muchas veces hemos hablado con no pocos emigrantes sobre esta materia y de las observaciones que personalmente hayamos venido haciendo, por instintiva curiosidad y sin la menor intención de haberlas algún día de catalogar, hemos creído tropezar con dos motivos muy aceptables, a nuestro entender, para que continúe siendo tan elevado en nuestro país el nivel del gráfico de la emigración.

Uno de ellos es el régimen de “Mayorazgo” en Navarra, y la densidad de población con la escasez de propiedades rurales en el resto de Euzkadi. Por el régimen de “Mayorazgo”, que todavía existe en Navarra, uno de los hijos ha de quedarse con toda la propiedad, sin que los otros puedan aspirar sino a un decente pupilaje en su misma casa nativa, y así, se explica que los segundones acaben por *pensar en vasco*, es decir, en hacerse con alguna propiedad para uso particular, con la legítima y muy loable ilusión de fundar un hogar sobre los beneficios de ella provenientes, de atender con su rendimiento al bienestar y aun a la prosperidad de la nueva familia y asegurarse de esta suerte una tranquila y despreocupada

vez. Y como las propiedades a disposición del primer ocupante sólo en Jauja se dan a la vuelta de cada esquina, y las del país están ya repartidas y aprovechadas hasta el punto de no quedar disponible un puñado de tierra laborable, y muchos, por el espíritu de libertad que existe en todo vasco, en modo alguno quiere sujetarse al régimen y horario de la fábrica o del taller, resulta lo más natural que brote en esos desheredados de la fortuna el recuerdo de las andanzas, más o menos afortunadas, de muchos paisanos, antepasados suyos, que se hallaron en las mismas circunstancias que ellos.

De ahí es que en determinados lugares del País Vasco se considere como la solución normal de la aspiración de muchos jóvenes que anhelan ser propietarios o independientes en el trabajo, el éxodo hacia alguna de las naciones de la América latina, o a otras tierras que, como Cuba y Filipinas, formaron en otros tiempos parte del estado español. Esta solución del problema económico de la que siempre han oído hablar en familia y fuera de ella como la cosa más natural, acaba de hacerseles tan natural, que cuando llega la coyuntura de tener que plantearlo personalmente, ni se les ocurre siquiera la existencia de otra salida posible, sino la de tantos otros de sus hermanos de raza, que faltos de espacio para desenvolverse individualmente, cruzaron los mares y desembarcaron a la ventura allá donde pudieran encontrar tierra que labrar o rebaños que apacentar. A la *salga lo que saliere*: si la suerte acababa un día por sonreírles y el Cielo bendecía sus esfuerzos, tornarían acaso a sus patrios lares, como meros visitantes o a establecerse definitivamente, pero dejando en todo caso entre sus compoblanos una estela de comodidad y bienestar, que habría de contribuir inevitablemente a despertar en otros muchos el deseo más o menos definido de lanzarse a una aventura similar. Si, por el contrario, las cosas venían mal dadas y todas sus actividades se estrellaban persistentemente contra el duro pedregal del fracaso, la humillación que pudiera ocasionar a su familiares y hasta los burlescos comentarios que habría de provocar seguramente entre los socarrones vecinos de su pueblo natal, obligaban comúnmente a nuestro compatriota a ocultar su derrota, hasta el punto de arreglárselas de modo que no se supiera ya de él más.

Este proceder, consiguiente a un instintivo orgullo de raza que llevamos los vascos en la sangre, me conduce como de la mano para apuntar un segundo motivo de emigración entre nuestros paisanos. Y es el espejismo de un enriquecimiento fácil y rápido creado por unos cuantos afortunados que vuelven a su pueblo con un capitalito conseguido a fuerza de sudores sin cuento y de grandes sacrificios y dejan a sus paisanos hipnotizados con una existencia regalona que las más de las veces tiene mucho de apariencia y no tanto de realidad. Dadas las contadas novedades que encierra la historia comúnmente sencilla de nuestros pueblos, esos indios son la materia ordinaria de todas las conversaciones, y a fuerza de oír ponderar en todos los corrillos las facilidades que debe haber en aquellos países lejanos para enriquecerse, a juzgar por lo ocurrido a fulano y mengano que en tiempo relativamente corto han hecho lo bastante para vivir holgadamente, es muy explicable que entre los jóvenes se despierte el deseo de ausentarse unos cuantos años con la esperanza de volver al cabo de ellos con dinero suficiente para deslumbrar a todos sus compoblanos y hasta dejarles el recuerdo de una campaña, una fuente en la plaza o una escuela, que bautizada con el nombre del generoso donante, hará que sea conocido de la posteridad. Teniendo todo esto presente, hemos de reconocer, so pena de echar en olvido las características de la constitución humana, que la propensión de tantos de nuestros pai-

sanos a emigrar tiene una naturalísima explicación. No viene a ser sino la consecuencia lógica de ese espejismo del que he hecho mención algunas líneas arriba, creado por ese conjunto de circunstancias, que de no tener la contrapartida de los incontables fracasados recogidos por la caridad pública y abocados a terminar sus días en la camilla de un hospital, debiera inevitablemente contagiar aun a los más recalcitrantes, porque a nadie desagrada hacerse rico utilizando la ley del menor esfuerzo y a todo el mundo le ilusiona la idea de tener más.

Acabo de mentar la contrapartida de los fracasados. Son la mayoría. Constituyen legión. Si se hiciesen estadísticas de la suerte que han corrido todos los emigrados procedentes de nuestro país y se les diera la conveniente publicidad, no sería seguramente tan crecido el número de los que tan inconscientemente abandonan lo malo conocido para lanzarse a la azarosa exploración de lo bueno por conocer. Los que hemos pasado muchos años en el extranjero, alternando frecuentemente con nuestros paisanos, y sabemos lo que allí ocurre, sobre todo, en los presentes tiempos, nos vemos precisados a decir a nuestros paisanos en quienes se descubre una excesiva propensión a trasponer los mares, por creer sin duda que marcharse a América es poco menos que sinónimo de hacerse rico en cuatro días con un capital considerable, que no se dejen engañar por esos pocos que vuelven ricos, habiendo salido con lo imprescindible para cubrir los gastos de viaje. Verdad es que allende los mares existen oportunidades —cada día menos— que no se dan en nuestros pueblos. Peor allí, como en todas partes, es necesario trabajar mucho y sufrir mucho más que aquí para abrir los caminos iniciales de una posible fortuna, aun cuando, sentadas ya las bases, resulta más fácil y hacedero prosperar por el volumen que presentan en general los negocios. El que antes de embarcarse cuenta con la promesa de apoyo de alguna persona ya establecida allí de tiempo atrás, no me parece mal que se decida a pasar el charco, porque con el espíritu de trabajo y la honradez corrientes entre nuestros paisanos, puede tener esperanzas fundadas de llegar a donde han llegado esos por quienes se siente tanta envidia y admiración. Pero los que se dejan caer en aquellas desconocidas regiones a la ventura y sin nadie que les ayude en sus primeras andanzas, las más difíciles siempre que se trata de avanzar por terreno desconocido, esos necesariamente tienen que fracasar, por ley ineludible de la lucha por la existencia, según la cual deben sucumbir los inadaptados frente a la concurrencia de los que poseen una mayor aptitud. Acabo de afirmar que si antes de embarcar uno, cuenta con el apoyo de alguna persona ya allí establecida de tiempo atrás, evita muchos riesgos y puede triunfar. Esta observación que yo he deducido de lo que he visto en Filipinas, me sugiere una idea cuya realización habría de ahorrar en lo futuro incontables catástrofes a los emigrantes, y acarrear muchos y grandes beneficios a ellos y a la patria.

Muy bueno y muy plausible es, y no me cansaría yo de loar, esa maravillosa labor que las inteligencias privilegiadas de nuestro país vienen realizando por la conservación y perfeccionamiento del lenguaje, por la rehabilitación de la música popular vasca, por el enriquecimiento de nuestro folklore, por la investigación de la historia y costumbres nacionales, por todo cuanto de un modo o de otro se relaciona con el pasado de éste nuestro gran pueblo cuyos orígenes se pierden en las nebulosidades de la prehistoria. Todo ello se hace acreedor a nuestros más sinceros plácemes y a la ayuda que cada uno pueda prestar a esos meritísimos patriotas en la medida de las posibilidades de cada cual. Pero si es verdad

que no sólo de pan vive el hombre, no es menos cierto que el hombre vive de pan. Y si es innegable que esa labor cultural es de absoluta necesidad para la supervivencia de un pueblo desposeído de esa alma de la raza, habría de sucumbir inevitablemente a la corta o a la larga bestializado por un burdo materialismo, a cualquiera se le alcanza que ese sustento intelectual o estético suele ser comúnmente patrimonio exclusivo de un reducido número de individuos especializados, sin que en el mejor de los casos pueda llegar a ser manjar que satisfaga las existencias de la generalidad.

Y puesto caso que debamos atender a la satisfacción de las necesidades materiales de nuestros prójimos, como deber de religión y de humanidad, y mirar y trabajar por el bien y prosperidad de la patria, como nos manda la virtud de piedad, aleccionado por mis 32 años de permanencia en el hermoso Archipiélago Filipino en continuo roce con los emigrantes vascos, con los que han triunfado y con los que han fracasado, con los llamados rojos y con los apellidados blancos, ya que el ruego de uno a quien nada puedo negar, me ha traído ante esta respetable asamblea, aprovecho esta oportunidad para suplicar respetuosamente a la nunca debidamente ponderada Sociedad de Estudios Vascos, que uno de los frutos de este congreso sea el establecimiento de un Centro, de un Bureau de Emigración.

Suele decirse que la emigración es para Euzkadi una gran pérdida de energía humana. Lo es realmente, pero si esa pérdida de energía se organiza con método, se encauza, puede reportar grandes ventajas a la casi totalidad de los emigrantes, y ser de gran provecho y utilidad para Euzkadi.

A más de un paisano nuestro hemos oído decir muchas veces y leído con frecuencia, lamentado acremente esa irreprimible y contagiosa tendencia a abandonar la propia tierra, que vasco emigrado es vasco perdido para Dios y para su patria. Esta afirmación pudo haber tenido su buena parte de verdad en los comienzos de la Emigración, cuando nuestros muchachos se decidían a ciegas y careciendo de todo punto de referencia al atravesar los mares, para desembarcar en algún punto del nuevo mundo, del que no tenían otro conocimiento sino el nombre, y donde en la mayoría de los casos quedaban a merced de cualquier explotador desalmado. Aquellos míseros emigrados, desconociendo en absoluto, por lo general, hasta los rudimentos del castellano y sin tener la menor idea del destino que la suerte les pudiera deparar, venían a convertirse en juguetes de ajenas ambiciones e intereses y quedaban condenados al ejercicio de los más humillantes oficios, a cambio de los cuales se les permitiría como gran regalo para engañar el hambre con algunos mendrugos de pan. Aquella vida de esclavitud ciudadana resultaba insoporrible a nuestros más pobres casheros, habituados a respirar el aire sano de las montañas y alimentarse moderada pero suficientemente, y poco tardaban en ser pasto de enfermedades tropicales, para sucumbir a la corta o a la larga, sin asistencia facultativa de ningún género, privados de los consuelos de la religión, apurando en su agonía el amargo cáliz del más completo de los abandonos.

Esa era la poco halagüeña perspectiva que se ofrecía a la casi totalidad de los emigrantes cien años atrás. Pero afortunadamente este cuadro desolador está tomado de lo que realmente fue historia años atrás. Con el paso del tiempo, el adelanto del orden social, el progreso de la cultura y la civilización y, sobre todo, gracias al renacimiento vasquista, hoy la situación del emigrante ha cambiado por completo. Las enseñanzas de Sabino Arana-Goiri han hecho que el vasco se conozca mejor, aprecie más todo lo que le pertenece a su tie-

rra, tenga más interés por su compatriota, mire y trabaje con más interés por las necesidades de su patria. Y esos nobles están igualmente arraigados con vigor en el corazón del emigrante, dispuesto siempre a hacer algo por su hermano de raza y por Euzkadi.

Un Bureau de Emigración, cuya Casa Central esté en Bilbao o en otra ciudad vasca, con Agencias en las capitales de los Estados transoceánicos y con subagencias en lugares donde haya un número determinado de emigrantes, ayudaría grandemente al desarrollo y encauzamiento de esos buenos sentimientos y produciría óptimos resultados. Fuera de las grandes capitales donde existe gran número de vascos es imposible establecer y sostener *euzko-etxeas*, *bartzokis*, etc., pero, en cambio, esas subagencias mencionadas antes, pueden ponerse fácilmente y mantenerse sin grandes apuros. El arriendo de un modesto cuarto donde puede instalarse una sencilla oficina y uno que se ponga al frente de esa oficina, basta y sobra para el funcionamiento de una subagencia. Esa pequeña oficina puede ser el lugar de cita de los vascos dispersados en los contornos, y el centro donde uno puede hallar consejo, información, libros, periódicos, socorro, si es necesario.

En la capital del país debe haber otra oficina que sea como una Agencia que sirva de ligazón entre las subagencias establecidas en provincia y la Casa Central que se instale en Euzkadi.

Ese Bureau, sencilla y ordenadamente establecido con los debidos ficheros, con equipo propio y adecuado, en constante comunicación con nuestros hermanos de raza, dispersos por esos mundos, podría hacer, entre otras muchas cosas, algo de lo que acostumbra a llevar a cabo la Cruz Roja Internacional: hallar el paradero de los emigrantes, que, por una u otra causa, han perdido contacto con sus familias, allegar fondos para socorrer a los necesitados, traerlos a su patria.

El Bureau de Información, con todas las agencias y subagencias podría fácil y florecientemente funcionar a condición de trabajar por su sostenimiento todos los vascos de buena voluntad, sobre todos, los que ha conseguido con su honradez y trabajo hacer fortuna en las Américas. Tengo para mí que el dinero invertido en el establecimiento y sostén de ese Centro de Emigración es mucho más útil a la sociedad y de mayor agrado a Dios, que el gastado en la erección de una iglesia o en la fundación y mantenimiento de un asilo.

Los que hemos tenido la oportunidad de vivir largos años lejos de la patria, sabemos algo de necesidades y preocupaciones del emigrante, y conocemos bastante los medios adecuados para remediar esas necesidades y resolver esas preocupaciones. El emigrante vasco, de un modo especial, el que vive aislado en una apartada hacienda o en lejano rancho, busca contacto con alguno que hable su lengua, que pertenezca a su misma raza, quiere expansionarse, anhela conservar su *txoko*, desea enterarse de lo que pasa en su patria, comentar sobre las costumbres de su tierra, hablar, si queréis, de las excelencias de un plato de merluza con salsa verde. Y si consigue colmar, de cuando en cuando, esos sanos y legítimos deseos, su recuerdo traerá a su memoria los últimos consejos que le dio su madre al abandonar el hogar paterno, la honradez y religiosidad de sus padres y hermanos, y todo esto le dará ánimos para no manchar con indigna conducta el honroso apellido de vasco, y siempre sabrá portarse como tal, siendo fiel a su Dios y a su patria.

Poner en contacto al vasco emigrante con el vasco emigrante y a éstos con su patria, debe ser fin primordial del Centro de Emigración, y el dinero que se invierta en tan noble empresa, es, repito, más útil a la sociedad y de más agrado a Dios, que el gastado en la erección de una iglesia o de un asilo, porque son grandes e incontables los beneficios que puede reportar ese Centro tanto en el orden espiritual como temporal.

Animados de un elevado espíritu de caridad y de patriotismo, trabajamos, poniendo fe y fuerza en nuestra voluntad para que sea una bella realidad ese proyecto, cuyas líneas generales acabo de señalaros, con ello, como os he dicho antes, no sólo se librárá de incontables males y riesgos a nuestro hermano de raza, alejado de su patria, sino también reportará cuantiosos beneficios a Euzkadi. Es todo.